

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- | | | |
|---|----|--|
| <i>Salvar la razón</i> | 3 | |
| <i>Olivier Boulnois</i> | 5 | La simple razón en los límites de la religión |
| <i>Josef Pieper</i> | 21 | La locura regalada por los dioses |
| <i>Carlos María Galli</i> | 35 | La lógica del don y del intercambio |
| <i>Rafael E. Sassot</i> | 51 | Notas marginales sobre teoría y praxis |
| Libros: <i>Alberto Bellucci</i> | 60 | “Presencias reales” de George Steiner |
| <i>Alberto Espezel</i> | 63 | Testimonio de un testimonio |
| Documentos: <i>Comisión Teológica Internacional</i> | 67 | Sobre la interpretación de los dogmas |

Libros

George Steiner "Presencias reales"*

por Alberto Bellucci

Se supone que resulta fácil y placentero realizar la recensión de un texto con cuya tesis se está íntimamente de acuerdo, y cuyo desarrollo seduce por la universalidad del conocimiento y la amenidad del discurso. El problema radica, en este caso, en que la tesis del autor plantea precisamente la obviedad de la crítica contemporánea y recomienda prescindir de los 'textos segundos' que por su misma índole regurgitatoria y su abusiva multiplicación empañan la presencia directa de la obra de arte —entendida como texto original— y la alejan de la libre apreciación del receptor ("el árbol muere bajo el hambriento peso de las enredaderas"). Con lo cual quien —como el que esto escribe— piensa y siente de igual modo la acumulación explicativa e interpretativa que suele sofocar la plena manifestación de la obra de arte, se encuentra de pronto en el centro de una aporía, al aceptar encargarse de presentar un segundo discurso para defender la tesis de que los segundos discursos son generalmente obvios y prescindibles. Con lo que pocas veces en mi experiencia algo tan empático desde su raíz acabó resultando tan complejo y contradictorio en su realización. Ante el dilema valga al menos la intención —maquiavélica en el mejor sentido— de ser puente para la difusión del libro y la discusión de sus postulados.

Steiner no duda que todo arte implica de suyo una crítica de la vida, con lo cual toda crítica sobre el arte se convierte habitualmente en una interferencia. "Por cruel que parezca, la crítica estética merece ser tenida en cuenta sólo cuando es de una maestría de la forma responsable, comparable a su objeto". O sea cuando la crítica se sublima en arte. A partir de lo cual el autor redime las reelaboraciones de artistas sobre artistas, Racine sobre Eurípides, Brecht sobre Marlowe, Verdi sobre Shakespeare ("Otelo"), Joyce sobre Homero y —presumimos, aunque Steiner no lo mencione— también las de Mahler sobre Goethe, las de Picasso sobre Manet y las de Manet sobre Ticiano, las de Bacon y Botero sobre Velázquez, y las de Antonio Seguí sobre Rembrandt. Se salva también la crítica que por ser verdaderamente tal resulta en una creación nueva, el "trozo de vida sentida" reclama-

*Ed. Destino, Barcelona, 1991 (reimpreso para Espasa Calpe Argentina, 1993), 290 páginas.

do por Suzanne Langer como categoría esencial del arte. "Ya sea realista, fantástica o utópica o satírica, la composición del artista es una contradecación al mundo... (ya que) en mayor medida que los hombres y las mujeres corrientes, el pintor, escultor, músico o poeta importante relaciona la materia prima, las anárquicas prodigalidades de la conciencia y del subconsciente con las latencias, a menudo inadvertidas e inexploradas ante él, de la articulación."

Coincidimos con Steiner en que nuestro tiempo padece una sobreactuación de la crítica y de las interpretaciones en general; la pesada cultura informática de nuestros días, a través del periodismo pseudoacadémico devalúa cotidianamente el valor inherente, las producciones y el ahorro acumulados en creatividad real, es decir en la vitalidad de lo estético. En ese sentido el impulso autoduplicador del posmodernismo revive los mecanismos más estériles del escolasticismo (Umberto Eco no se salva de ser señalado como charnela entre la trivial sofisticación de ambos mundos) "El discurso parasitario se alimenta de enunciados vivos; y, como sucede en las cadenas tróficas microbiológicas, lo parasitario, a su vez, se alimenta de sí mismo. Abundan la crítica, la metacrítica, la diacrítica y la crítica de la crítica". El peligro —que otros podrán ver sin duda como virtud hermenéutica— es que nunca se acabe de hacer libros sobre libros, y nuevos libros sobre esos libros, en borgiana, infinita proliferación.

Pero detrás de esta visión crítica, o más bien dentro de ella, alienta una convicción que resuena brevemente ya en el prólogo, como trueno aislado, y que reaparece en la magnífica metáfora de la última página. Esa convicción consiste en que la experiencia del significado estético, mucho más que cualquier reflexión o creencia plausible, infiere la posibilidad cierta de la presencia de Dios. Esta es la definitiva 'presencia real' que Steiner vislumbra a través de las 'presencias reales' del poema, de la pintura o la composición musical, la aventura de las creaturas que, acaso sin saberlo, revelan misteriosamente al Creador. Eso constituye, a fin de cuentas, el significado del significado del arte: encontrar al *otro* en su mayor libertad creativa, abriendo una "apuesta en favor de la trascendencia".

El libro se compone de tres partes, que más bien se presentan como tres ensayos contiguos sobre el mismo hilo conductor. La primera —"La ciudad secundaria"— plantea la hipótesis central y la desarrolla como tesis. Es la más breve, de lectura fácil, y considero que allí está la sustancia medular que puede ayudarnos a discutir los términos de nuestra cultura en favor de una comprensión directa y trascendente de la obra de arte. En la segunda —"El contrato roto"— Steiner se detiene extasiado ante la maravillosa levedad del lenguaje —no hay que olvidar que el núcleo de su erudición profesoral está en la literatura—, sistema que permite expresar incluso lo imposible y aun enunciar la negación voluntaria de lo visto y lo no visto. La categoría de ese

sistema de signos, poético hasta el autismo, constituye al mismo tiempo para el autor la limitante de su capacidad crítica en temas estéticos, ya que todo lo que se diga o escriba sobre arte resulta volátil, improbable y refutable, en tanto no resulte en una poiesis redentora.

La distinción entre conocimiento y teoría en las ciencias y en el arte, así como las consideraciones sobre el cambiante consenso social en materia artística y la irresistible relación contemporánea entre divulgación y vulgarización, siguen líneas más habituales de reflexión histórica y sociológica. Imprevista, fugazmente se vislumbra un reconocimiento al pensamiento desconstruccionista de Derrida, en tanto sostiene que "la era del signo es fundamentalmente teológica". En esta cita Steiner encuentra un sentido y un motivo posibles para tender un puente de congruencias, tal como lo trata en la tercera parte ("Presencias"). Allí el texto se hace más disperso y exaltado, e incluye una morosa exposición sobre los valores de la *cortesía*, entendida un poco a la manera de Confucio, como un sistema positivo de relación vital y como actitud de 'advenimiento' a la recepción del otro y de 'lo otro'. El artista como instrumento inconsciente de una realidad que lo trasciende, su quehacer como objeto de recreación irrepetible, y el receptor como 'completador' del circuito creativo, son para Steiner los términos de una ecuación autosuficiente, que no tiene necesidad de intermediarios ni agentes adicionales "capaces de domesticar el misterio y las llamadas de la creación". La mera presencia del hecho artístico deviene en una positiva presión conformadora, "reactualizaciones, reencarnaciones por medio de elementos espirituales y técnicos de lo que la interrogación, la soledad, la inventiva y la aprehensión del tiempo y la muerte humanas pueden intuir del *fiat* de la creación, del cual, inexplicablemente, han salido el yo y el mundo en el que estamos arrojados". Ni certezas ni recetas, sólo una intuición profunda sobre la naturaleza del signo creativo, in-intermediable, del arte, y una actitud de aguerrida defensa que se parece al ataque.

Texto especialmente recomendable tanto para artistas decididos a expresar como para aspirantes dispuestos a 'respirar' el arte, y también para críticos y docentes con vocación de tender puentes entre los unos y los otros.